

Ausencias

TERESA Garbí (Zaragoza, 1950) obtuvo la licenciatura en Filología Románica por la Universidad de Zaragoza en 1972 y compaginó los estudios universitarios con el ingreso en la Escuela de Bellas Artes de San Jorge en Barcelona. En 1993 adquirió el doctorado en Filología Hispánica por la Universidad de Valencia con la tesis titulada «Mujer y literatura», una cuestión central en el ideario temático de la escritora que siempre ha estado marcado por un enfoque crítico y comprometido con la identidad femenina y su complejo difuminado histórico. Ha sido profesora de Lengua y Literatura española, docente en la escuela Superior de Arte Dramático de Valencia y trabajó también en la Biblioteca Valencia. Durante el largo periplo laboral, creó en 2013 Uno y Cero ediciones y ha impulsado una múltiple travesía creadora que aglutina estrategias como la poesía, el relato, el ensayo y, ocasionalmente, la traducción y el libreto para el espectáculo *La vida entornada*, homenaje a Juan Gil-Albert (Alcoy, 1906-Valencia, 1994), un poeta de sensibilidad claustral y minoritaria cuya obra se centra en la geografía cultural mediterránea y su conformación helénica y clásica. Esta vigorosa mezcla de sustratos complementa enfoques, muestra un taller luminoso y deja en el espejo una entidad literaria singu-

lar y reconocible en sus planteamientos convergentes.

El volumen *El aire encendido* elije como senda la prosa poética. Se inicia con una ambientación reflexiva de Blanca Varela en torno a la muerte: «Para eso estamos / para morir / sobre la mesa silenciosa / que suena», y con otra cita paradójica de Ángel López García-Molins donde cobra espacio la mínima línea, oscura y diluida, que separa el estar dentro o fuera; la distancia entre identidad e inexistencia es una estela tenue, fronteriza, casi intangible, solo dictada por la intuición del tiempo. La voz poética, como se percibe en el poema pórtico, asume el estar provisional del sujeto y ese estado de incertidumbre cobijado en la conciencia. El discurrir camina hacia la ceniza, encara firme el estar final que nos convierte en un puñado de arena. Los sentidos intentan capturar una luz huidiza y protagonista de un inacabable exilio. Esa fuga apaga las formas y solo deja entre las manos una leve columna de cenizas. Nada perdura, ni siquiera las orillas del camino biográfico cuyos pasos dispersaron incertidumbres y sueños.

El apartado «Tiempo lento» mira los elementos del paisaje y sus deslumbres. Conversa mudo con su quietud para adentrarse en la naturaleza invisible de las cosas. Las palabras dormidas buscan su lugar en el silencio y despliegan la grietas aurales de la

amanecida. Postula el paralelismo de ambas existencias; la marejada transitoria del ser y el estar mudo de la naturaleza como señal de un tiempo inadvertido y de claroscuros: «... No sé por qué eres tan rotunda y permaneces, sin esperar que alguien, fugitivo como yo, te tome entre las manos y te traiga a una habitación, en donde adornas una mesa». El protagonista lírico se desdobla para contemplarse a sí mismo. La introspección busca hondura y recorre itinerarios, acaso sin regreso, porque la partida está ahí, esperando esa ineludible transformación de la materia que afecta a cualquier ser vivo. Respirar es brisa que ofrece su transitoria compañía. Quien observa acompasa las sensaciones a la espera, no teme a la soledad, sabe que el entorno es una casa habitable para la evocación y la memoria, para recordar a los que precedieron sus pasos y trazaron otros itinerarios de vida y esperanza hasta convertirse en sombras de lejanía, esa inevitable transformación «en tierra, en polvo, en sombra, en humo, en nada». Mínima materia que disipa una existencia.

En la sección «Ausencia», subtitulada «Temas y variaciones», se muestra un entorno asentado en la conciencia del respirar diario, como mero ejercicio de presencia provisional; el tiempo es una herida que avanza muy despacio y nos desangra; todo está marcado por aleatorias fechas de caducidad y por la ineludible llegada a una costa

de sombra: «Somos supervivientes. Una multitud de muertos posee la tierra. Ellos han abierto el camino». Más allá, el espacio celeste conforma otro territorio visual de insólita riqueza en el que se cobijan los ausentes. Cómo buscar su rastro en las palabras. Cómo superar también esa conciencia de fragilidad que empaña cada percepción y alumbra los objetos que nos sobrevivirán en el transitar, cuando solo nos quede el resguardo de ser pálidas sombras: «Hago ejercicios para la muerte. Reviso los objetos, los libros que me sobrevivirán. Pero cualquier movimiento puede aventarlos. Su fragilidad los hace insustituibles».

Las composiciones de *El aire encendido* recorren líneas de una evocación fragmentaria, en la que es posible capturar matices y emociones del latido del tiempo. La niñez se ha diluido para siempre hasta convertirse en difusa intemperie y languidez. El recuerdo deja sitio a vivencias y sueños, a ese montón de arena que dispersa el viento y se hace perfecta comunión con los ausentes. No están, pero su hueco es vértice, un rumor de pasos vacilantes en una maraña de papel que prosigue enlazando pretérito y ahora: «Hay alguien allá que sabe y me pertenece». También aquello que se desprende fue corteza y árbol. — JOSÉ LUIS MORANTE.

Teresa Garbí, *El aire encendido*, Sevilla, Renacimiento, 2022.